

## CAPITULO X.

NUAVOS PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE.—CARACTER DE ALONSO DE OJEDA.—DIFERENCIAS DE COLON CON SORIA Y FONSECA.

(1493.)

Temerosos los monarcas españoles de que el rey su primo intentase algun golpe de mano para frustrar la expedición escribieron, mientras se seguían las negociaciones, repetidas veces á Colon, incitándole á que apresurase su partida. Pero el esforzado corazón del almirante y su prodigiosa actividad no habían menester de aviso alguno: así que llegó á Sevilla, á principios de junio, procedió con toda la diligencia á efectuar el armamento, usando de los poderes que tenía para apoderarse de los bajeles y marineros de los puertos andaluces. Poco despues se le juntaron Soria y el obispo Fonseca que se habían detenido algun tiempo en Barcelona. Con sus esfuerzos se preparó sin tardanza una flota de diez y siete buques grandes y pequeños. Se escogieron para el servicio los mejores pilotos, y se reunieron las tripulaciones en presencia de Soria el contador. También se juntaron para la proyectada colonia muchos hábiles labradores, mineros, carpinteros y otros menestrales; caballos para el servicio militar, y para criarlos en ella; ganado y animales domésticos de todas clases; granos, semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, injertos y renuevos, mercancías, tales como juguetes y dijes, cuentas, cascabeles y espejos, y varias bujerías para traficar con los naturales, y además, abundantes cantidades de provisiones de todas clases, municiones de guerra, medicinas y refrescos para los enfermos.

El entusiasmo por esta expedición rayaba en frenesí, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo escondido á sus ojos entre las espumas del mar. Las descripciones de los viajeros que le habían visitado, estaban exageradísimas; porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño; y se ha mostrado que el mismo Colon le vió al traves de un ilusorio prisma. La vivacidad de sus descripciones, y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacía concebir, excitaron en el público incomparable interés, y abrieron el camino de amargos engaños. Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluían sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas. Otros se forjaban mas bellas y seductoras ficciones. Era la época de que hablamos romántica y activa; y habiéndose acabado la guerra de los moros, y suspendiéndose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos genios de la nación se hallaban impacientes de la monotonía de la paz, y ansiaban hallar ejercicio. A estos les presentaba el Nuevo-Mundo anchuroso campo de extraordinarias empresas y aventuras, tan congeniales al carácter español en aquel periodo, meridiano de su esplendor y nobleza. Muchos hidalgos de noble y principal ralea, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces acostumbrados á la actividad poética y entretenida de la guerra, y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habían brillado en la risueña vega granadina, entraron en la expedición, ó bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa. Para ellos era aquel el principio de una nueva serie de cruzadas, mas grandes y brillantes que las que immortalizaron á la caballería europea en la Tierra-Santa. Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano; explorando sus maravillas, y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades. De allí se

abrían á su parecer camino á las costas de la India, ó mas bien del Asia, penetrarían en Mangui y en Cathay, convertirían, ó lo que era lo mismo, vencerían el gran Khan, gozando así de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi-bárbaros pueblos del Oriente. Nadie tenía una idea clara y exacta de los peligros á que se arriesgaban, de la inmensidad que iban á surcar, de la empresa gigantesca que cargaban sobre sus hombros, de los hombres que iban á sujetar al dominio español. En efecto, si en esta fiebre de la imaginación se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fria realidad, habrían sido desechados con desprecio; porque nada aborrece tanto el público, como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.

Entre las personas notables que entraron en la expedición, había un caballero joven, llamado D. Alonso de Ojeda, célebre por sus extraordinarias dotes personales y por la audacia de su ánimo, que se distinguió mucho con peligrosas y singulares hazañas entre los primeros descubridores. Hijo de una familia noble, primo hermano del venerable padre Alonso de Ojeda, inquisidor de España, se había educado bajo el patrocinio del duque de Medinaceli. Era de baja talla, pero forzudo y bien proporcionado, su tez era morena, y llena de grata animación, sus miembros tenían la dote de una fabulosa agilidad, diestro en las armas, inimitable en los ejercicios guerreros, arrogante para guiar un corcel, y como nadie, entendido en los botes de las lanzas. Osado de corazón, libre de ánimo, abierto de mano, fiero en el combate, pronto en las querellas, y mas aun en perdonar y olvidar las injurias, fue por mucho tiempo el idolo de la atrevida juventud que entró en las expediciones del Nuevo-Mundo, y ha servido despues de héroe de extraordinarias leyendas. Las Casas da, al introducirlo á la noticia histórica, la anécdota de una de sus hazañas, que tal vez no merecería recordarse, si no diese tan cabal idea de su carácter.

Estando la reina Isabel en la torre de la catedral de Sevilla, conocida en general por el nombre de la Giraldilla, para entretener Ojeda á S. M., y dar pruebas de su agilidad y valor, se subió á una gran viga que proyectaba en el aire como veinte pies fuera de la torre, á tan inmensa altura de la tierra, que las gentes que andaban por ella parecían desde arriba enanas, y hubiera bastado para aterrar á cualquiera que no fuese Ojeda, el mirar abajo. Pero él salió airoso de su empresa, trepando por la viga con el mismo desenfado y desenvoltura que si hubiera andado por una llana plaza. Cuando llegó á la punta, levantó una pierna en el aire, y girando ligeramente sobre la otra, se volvió hácia la torre sin que le causara vahido alguno ni temor de ningun género aquella pavorosa altura. Quedándose despues sobre un pie en la viga, puso el otro en la pared de la torre, y tiró una naranja por cima de ella; pruebas todas, dice Las-Casas, de inmensa fuerza muscular. Tal era Alonso de Ojeda, pronto distinguido entre los que siguieron á Colon, y siempre el primero en toda empresa arriesgada; que buscaba el peligro con la ansiedad de un amante, y parecía que peleaba, mas por el placer de la pelea, que por el honor que esperaba le redundase de ella.

Se había limitado á mil el número de las personas á quienes se permitía entrar en la expedición: mas tal era el urgente deseo de los que querían ir de voluntarios sin paga alguna, que pasaban de mil y doscientos. A muchos mas se les negó la admisión por no haber sitio suficiente en las embarcaciones para albergar tanta gente: pero de estos lograron algunos introducirse en ellas furtivamente, de modo que sobre mil y quinientos se darian á la vela en la flota. Como Colon en su laudable celo por la prosperidad de la empresa se prevenía de lo que juzgaba fuese necesario en varias averías posibles, escedían los gastos

al presupuesto. Esto dió motivo á muchas dilaciones de parte del contador Juan de Soria, que á veces rehusaba firmar las cuentas del Almirante, y en el discurso de sus transacciones parecía haber olvidado la deferencia debida á su situación y á su carácter. Por esto recibió repetidas y severas reconvenções de los soberanos, que mandaron inmediatamente se tratase á Colon con el mayor respeto, y no se omitiese cosa alguna que facilitase sus planes. De otras prevenções semejantes, insertas en las cartas reales á Fonseca, el arcediano de Sevilla, se infiere que él también se había complacido en el capcioso ejercicio de su poder oficial. Parece que se negó á varias demandas de Colon, particularmente una de criados y familiares para su servicio doméstico, á la formación de su casa y comitiva como Almirante y Virey; demanda que el prelado consideró superflua, pues cuantos iban en la expedición estaban á sus órdenes. En justa compensación mandaron S. S. M. M. que se pusiesen á sus inmediatas órdenes diez escuderos de á pie, y veinte personas mas, para otros servicios domésticos; y recordaron á Fonseca haberle ya encargado, que en la naturaleza y modo de sus transacciones con el Almirante estudiase la manera de contentarlo; observando que como la escuadra entera iba á sus órdenes, era justo que se consultasen sus deseos, y que nadie le embarazase con obstáculos y dificultades.

Estas diferencias triviales son dignas de particular noticia, por el efecto que parece causaron en el ánimo de Fonseca, porque de ellas data la perversa animosidad con que persiguió incesantemente á Colon, rencor que se aumentaba gradualmente, fomentando el arcediano su veneno del modo mas indigno, y poniendo en secreto multiplicados inconvenientes y obstáculos á todos los actos del Almirante.

Mientras estaba la expedición detenida en el puerto, se recibieron nuevas de que se había visto una carabela portuguesa hacerse á la vela en Madeira, y tomar el rumbo de Occidente. Nació al punto la sospecha de que iría á los países recién descubiertos. Colon dió parte de ello á los soberanos, y preparó algunos bajeles que la siguieran. Aprobóse su propuesta; pero no se puso en práctica. A las exposiciones que sobre el particular se hicieron á la corte de Lisboa, respondió el rey Juan que había salido aquel buque sin su permiso, y que enviaria tres carabelas á que le hiciesen volver. Esto acrecentó los recelos de los reyes de España, que consideraban el todo como una fingida y premeditada estratagemata, y que el intento verdadero era que uniesen los bajeles sus fuerzas, y siguiesen juntos la via del Nuevo-Mundo. Se le mandó á Colon por lo tanto que partiese sin dilación alguna, virando al mar desde el cabo de S. Vicente, de modo que no tocase á las islas ni costas portuguesas para evitar toda molestia. Si encontraba algun buque por las mares que él había explorado, debía apoderarse de él, é imponer riguroso castigo á las tripulaciones. Previniósele á Fonseca que velase incesantemente por descubrir aquella trama, y en caso de que Portugal pretendiese mandar alguna expedición, enviar tropas en su persecución, y redoblar sus esfuerzos para impedir la realización de empresa tan temible para España. Pero no hubo ocasion de aplicar estas medidas. Se ignora si en efecto salieron algunas carabelas, y si el Portugal las envió con siniestras intenciones; Colon no supo mas de ellas en el discurso de su viaje.

Puede anticiparse aquí, en favor de la claridad, el modo con que se terminó definitivamente la cuestión territorial entre los monarcas rivales. Le era imposible al rey Juan reprimir su inquietud, considerando las empresas indefinidas de los reyes de España; no sabia hasta dónde podrían extenderse, y menos si se le adelantarian en sus proyectados descubrimientos indios. Mas viendo que eran infructuosos todos sus es-

fuerzos para vencer por estratagemas á su diestro y hábil antagonista, y desesperando ya de la asistencia de Roma, se acogió al fin á sinceras y amistosas negociaciones, y vió, como generalmente sucede á los que entran en el halagüeño pero tortuoso sendero de la astucia, que habiendo seguido el camino de la franca y sincera política, no hubiera caído en tanta incertidumbre, y hubiera quizá alcanzado el fin que se proponía, dejando á los soberanos españoles en la libre prosecución de sus descubrimientos occidentales, conformándose al plan de partición por una línea meridiana; pero se quejó de que esta línea no se había tirado á una distancia justa al Occidente: que al paso que dejaba libre todo el anchuroso Océano á los empresarios españoles, no podían sus navegantes penetrar mas de cien leguas al Occidente de sus posesiones, sin quedarles mar ni amplitud para sus viajes del Sur.

Despues de muchas dificultades y discusiones, se concluyó esta cuestión por varios diputados de ambas coronas, que se juntaron el año siguiente en Tordesillas, lugar de Castilla la Nueva, y firmaron el 7 de junio de 1494 un tratado por el cual se movía la línea pontificia de partición á trescientas sesenta leguas Occidente del cabo de Islas Verdes. Acordóse que pasados seis meses se reunieran en la Gran Canaria en número igual de carabelas españolas y portuguesas, llevando á su bordo hombres prácticos en la navegación, y doctos en la astronomía. Estos habían de proceder al cabo de Islas Verdes, y de allí trescientas sesenta leguas al Occidente, y determinar la propuesta línea de polo á polo, y dividir el Océano entre las dos coronas. Ambos poderes se comprometieron solemnemente á observar los límites así prescritos, y no emprender descubrimiento alguno mas allá de sus lindes, aunque se permitía á los buques españoles navegar libremente por las aguas orientales del Océano, en la prosecución de sus viajes. Varios acacimientos impidieron que ambas naciones mandasen sus respectivos buques para deslindar los territorios; sin embargo el tratado permaneció en pié y dió margen á notables controversias.

Así, dice Vasconcelles, esta gran cuestión, la mayor que jamás se agitó entre las dos coronas, porque era la partición de un nuevo mundo, tuvo amistoso fin por la prudencia de los dos monarcas mas políticos que empuñaron nunca el cetro. Quedó pues arreglada con satisfacción de ambas partes, cada una considerándose con derecho á imperar en los vastos países que pudieran ser descubiertos dentro de sus límites, sin consideración alguna por los derechos de los habitantes naturales.

## LIBRO VI.

## CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON EN SU SEGUNDO VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS CARIBES.

(1493.)

La segunda partida de Colon era la antítesis de su anterior salida, cuando en sus modestas naves abandonaba el puerto de Palos para lanzarse á sus audaces descubrimientos. El 25 de setiembre al rayar el día blanqueaba ya su flota en la bahía gaditana. Tres caracas de á cien toneladas, y catorce carabelas esperaban prontas el cañazo de leva. Ofanse resonar en la playa los ecos de los cantares que entonaban los marineros, al izar sus velas, ó levar sus anclas; y el bullicio de muchas gentes de varias clases, despidiéndose de sus amigos y apresurándose á llegar á bordo, con la esperanza de un viaje feliz y de una triunfante vuelta. Allí estaba el hidalgo de levantados sentimientos que iba en pos de aventuradas empresas; el altivo

navegante que deseaba coger laureles por aquellos mares desconocidos: el vago aventurero que todo se lo promete de un cambio de lugar y de distancia; el especulador ladino, ansioso de aprovecharse de la ignorancia de las tribus salvajes; el pálido misionero de los claustros, consagrado al dominio de la iglesia, ó devotamente celoso por la propagación de la fé, todos animados y llenos de vivas esperanzas. En vez de mirarlos el populacho como víctimas de una oscura y desesperada empresa, los contemplaba con envidia, como dichosos mortales destinados á vivir en doradas regiones y climas venturosos, donde los esperaban opulencia, delicias y maravillas sin cuento. Entre ellos descollaba Colon por su gentil talante y su simpático rostro. Acompañábanle sus dos hijos Diego y Fernando, el mayor muy jóven todavía, que orgullosos de la gloria de su padre, venían á presenciarse su partida. Por donde quiera que pasaba, le seguían con admiración todos los ojos, y todas las lenguas le colmaban de alabanzas y bendiciones. Antes de salir el sol estaba ya navegando la flota; el tiempo era sereno y propicio; y al observar el pueblo las henchidas velas iluminadas por los reflejos del astro del día que se levantaba magestuoso entre las espumas, les precedía gozosa vuelta, acompañados de los tesoros del Nuevo-Mundo.

Segun las instrucciones de los soberanos, viró Colon al mar, fuera de la costa de Portugal y de sus islas, con rumbo al Sud-Oeste de las Canarias, adonde llegó el primero de octubre. Despues de tocar en la Gran Canaria, anclaron el 5 en la Gomera, donde se proveyeron de agua y leña para el camino. Compraron además terneras, cabras y ganado lanar para naturalizarlo en la Isla Española, y ocho cerdos, de donde, segun Las-Casas, se procrearon las numerosas manadas que abundaban posteriormente en las Colonias españolas del Nuevo-Mundo. Proveyéronse también de gallinas y otras aves que dieron origen á las que de su especie se encuentran en el Nuevo-Mundo; y lo mismo puede decirse de las semillas de naranjas, bergamotas, limones, melones y otros frutos, que fueron á las islas del Occidente, de las Hespérides ó islas afortunadas del Mundo-Antiguo.

El 7, antes de darse á la vela, entregó Colon al comandante de cada buque un paquete cerrado y sellado, especificándole el camino del puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanagari. Estos pliegos no debían ser abiertos hasta el caso de que por casualidad se apartase alguna embarcación, pues quería en lo posible conservar oculto el verdadero rumbo á los países recién descubiertos, no fuese que los marineros de otras naciones, y particularmente los portugueses, siguiesen sus huellas y se mezclasen en sus empresas.

Despues de salir de la Gomera tuvieron calma por algunos días entre las Canarias, hasta que el 13 de octubre se levantó una brisa fresca del Oriente que los llevó pronto fuera de la vista de Ferro. Colon siguió el rumbo del Sud-Oeste, llevado de la intención de internarse hácia la parte meridional para encontrar, si fuera posible, las islas de los caribes descritas con tan vivos colores por los indios. Habiendo entrado en la region de los vientos constantes, siguió la brisa fresca é inmutable, con sosegada mar y apacible tiempo; el 24 estaban á cuatrocientas cincuenta leguas Oeste de la Gomera, sin haber visto aun ninguno de aquellos prados que se encontraron á mucha menor distancia en el primer viaje, cuando fue su casi milagrosa apariencia y inspirando á los náuticas continuas esperanzas, é incitándolos á seguir adelante en su dudosa empresa. No necesitaban entonces semejantes signos, y al ver una golondrina revolotear en torno de sus embarcaciones, ó caer inesperadamente un aguacero, empezaban á mirar alegremente si descubrían ya tierra.

A fines de octubre sorprendióles una oscura noche con amagos de terrible tempestad, que bien pronto se dejó sentir descargando súbitos aguaceros acompañados de vivos relámpagos y ruidosos truenos. Duraron estos cuatro horas y se consideraba la gente en mucho peligro, hasta ver las antenas y cordaje iluminados de aquellas luces fosfóricas que aparecen á veces en las tormentas, cuando se halla la atmósfera recargada de electricidad. Como este singular fenómeno ocurre en momentos de inminente riesgo, ha sido siempre objeto de visionarias fantasías entre los marinos. Fernando Colon describe su aparición, y la describe haciendo comentarios muy propios de aquella época. «El mismo sábado por la noche se vió San Telmo con siete luces encendidas en los topes de los mástiles: habia mucha lluvia y grandes truenos; quiero decir, que se vieron aquellas luces que los marineros dicen que son el cuerpo de San Telmo: al ver los cuales cantaron muchas letanias y oraciones, teniendo por cierto que en la tempestad que no esté en que se aparece, no hay nadie en peligro. Sea como quiera, yo refiero el hecho á ellos; pero si hemos de creer á Plinio, luces semejantes se han aparecido á veces á los romanos en las tempestades del mar, las cuales decían ellos que eran Castor y Polux, de las cuales también habla Séneca.»

El 2 de noviembre por la tarde pensó el Almirante por el color que presentaba el Océano, el estado de las ondas, inconstancia de los vientos y frecuencia de las lluvias, estar ya cerca de tierra, y dió órdenes para acortar vela, y mantener vigilante guardia toda la noche. Habia juzgado con su sagacidad ordinaria. Los primeros destellos de la aurora iluminaron una isla que surgía hácia Occidente á la vista de los navegantes, cuyos corazones conmovidos por aquella mágica aparición dictaron á sus lábios palabras de regocijo y entusiasmo. Colon llamó á la isla Dominica, por ser domingo aquel día. Al seguir los bajeles su apacible rumbo, descubrieron nuevas islas que se levantaban, por decirlo así, del quieto Océano, cubiertas de verdes florestas; mientras hendían los vientos entre ellas grandes bandadas de loros y otras aves de los trópicos.

Subieron luego las tripulaciones á cubierta para dar gracias al Todopoderoso por su próspero viaje y feliz descubrimiento de tierra, y cantaron los marineros de la escuadra la salve y otras antifonas. De este modo piadoso celebraban Colon, y en general los viajeros españoles y portugueses, sus descubrimientos. ¡Cuán bella y solemne pintura para el ánimo! ¡Aquella congregación de marineros, unidos en fervoroso jubileo entre las pacíficas ondas, elevando sus corazones á Dios para darle gracias por la hermosa tierra que se estaba levantando á su vista!

## CAPITULO II.

### TRANSACCIONES EN LA ISLA DE GUADALUPE.

(1493.)

Las islas á que llegó Colon forman parte de aquel hermoso piélag llamado las Antillas, que gira casi en semicírculo desde el término oriental de Puerto-Rico á la costa de Paria en el continente del Sur, formando una especie de barrera entre la mar de los caribes y el resto del Océano.

El primer día que llegó á estas islas, vió Colon nada menos que dos de diferentes magnitudes adornadas con la sorprendente vegetación de los trópicos, y cuando pasaba la brisa por ellas se impregnaba el aire de los aromas que exhalaban sus poéticas florestas.

Despues de buscar en vano buen anclaje en la Dominica, tuvo que ir á otra, á que puso Marigalante, el nombre de su bajel. Desembarcó en ella y tremoló el estandarte real, tomando posesión en nombre de sus soberanos, así de estas islas como de las adyacentes. No

se vieron vestigios de gente; parecía que estaba la isla desierta; la cubría una rica y densa floresta; algunos árboles estaban en flor, otros cargados de desconocidos frutos y varios odoríferos, entre los cuales tenia uno la hoja de laurel y la fragancia del clavo.

De allí se dieron á la vela para otra isla de mayor extensión donde tuvieron ocasión de admirar el elevado pico de una encumbrada montaña, que fluía manantiales de purísimas aguas, hasta que por último vinieron á comprender que era el cráter de un volcan. A tres leguas de distancia distinguieron un inmenso torrente, despeñándose por un precipicio de tan inmensa altura, que usando las palabras del descriptor, parecía que se derrumbaba de los cielos; y de tal modo se rompía y se formaba su espuma al caer, que algunos le creyeron al principio un lecho de roca blanca. A esta isla, llamada por los indios Turuqueira, le dió el Almirante el nombre de Guadalupe, habiendo prometido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe en Estremadura, dar el nombre de su vocación á alguna de las tierras que descubriese.

Desembarcando el 4 visitaron un lugar cerca de la playa, cuyos habitantes huyeron á su vista, algunos abandonando de terror hasta sus hijos. Los españoles colmaron á estos de caricias, atándoles á los brazos cascabeles y otras cosas de precio baladí, con el objeto de estirpar la mala impresión que habían causado en el ánimo de sus padres. Esta población, como las mas de aquella isla, se componía de veinte ó treinta casas, edificadas alrededor de una especie de plaza pública. Las casas eran parecidas á las de Cuba y Española, y estaban también formadas de troncos de árboles alternados con cañas y ramas, y cubiertas de hojas de palma. Eran cuadradas y no circulares como las de las otras islas, y cada una tenía su umbral ó pórtico que la defendiese del sol. La entrada de una de ellas estaba adornada con imágenes de serpientes medianamente entalladas en madera. Los muebles eran los mismos; hamacas en redes de algodón y utensilios de calabazas ó barro como los mejores de Española. Había grandes cantidades de algodón crudo, en hilaza y hecho tela de mediana urdiembre, y muchos arcos y flechas con las puntas de hueso. Parecía que abundaban las provisiones. Había gansos domésticos como los de Europa, y loros tan grandes como gallinas, con plumaje azul, verde, blanco y escarlata, pues eran de la espléndida especie llamada de guacamayos. Tuvieron allí el feliz hallazgo de la anana ó piña de Indias que tanto placer causa generalmente por su fragancia y exquisito sabor. Al examinar estas cosas vieron una sarten de hierro, lo cual les pareció extraño por no haber encontrado antes aquel metal en el Nuevo-Mundo. Fernando Colon supone empero, que estaría fabricada de cierta especie de piedra pesada que se halla en las islas, la que adquiere quemada la apariencia de hierro lustroso, y pudieron creerlo tal en su precipitado exámen; aunque admite que podía aquel utensilio haber venido de Española, pero en las islas nunca se encontró hierro nativo.

Otro objeto de especulación y sorpresa fue un codaste, pieza de la popa de un buque que también encontraron. ¿Cómo pudo llegar hasta aquellas inexploradas riberas donde al parecer jamás había puesto su planta la civilización? ¿Sería acaso reliquia de alguna embarcación de los países del Asia, de que suponían estar cerca, ó parte quizá de la carabela que perdió Colon en su primer viaje en Española, ó bien algún fragmento de un barco europeo que habría flotado á través del Atlántico? Esto último era lo mas probable. Las corrientes constantes que empiezan casi desde las costas de Africa, causadas por la variedad é inconstancia de los vientos, deben á veces llevar los despojos del antiguo mundo al nuevo; y mucho antes del descubrimiento de Colon, los sencillos salvajes de

las islas y costas pudieron haber mirado con asombro formidables fragmentos de barcos europeos que habían perecido en las regiones opuestas del Océano y flotado poco á poco á las suyas.

El ánimo de los españoles fue horrible y profundamente herido por la vista de varios huesos humanos, vestigios, segun creyeron, de los nefandos festines de aquellos salvajes. Había cráneos colgados por las casas, que servían aparentemente de vasos y utensilios domésticos. Estos tristes objetos les revelaron que estaban en las mansiones de los canibales ó caribes, errantes y feroces guerreros, cuyas predatorias expediciones y sanguinario carácter les habían hecho el terror de aquellas mares. Habiendo vuelto el bote, continuó Colon su navegación como dos leguas, erizada por altas montañas y cubierta de espaciosos valles y extensas llanuras. Se veían por la costa pequeños lugares y chozas, cuyos habitantes huían amedrentados al ver la escuadra rodeando sus tierras. Al amanecer permitió Colon desembarcar á varios capitanes con algunos hombres para que se esforzasen en abrir comercio con los habitantes. Se dividieron en partidas y volvieron por la tarde con un muchacho y varias mujeres, algunas de la isla y otras cautivas. Estas últimas confirmaron á Colon en la idea de que estaba en las islas caribes. Supo que los habitantes se habían aliado á los de dos islas vecinas, y que hacían juntos guerra á todas las otras. Iban á sus expediciones predatorias en canoas, hasta la distancia de ciento cincuenta leguas. Llevaban por armas arcos y flechas cuyas puntas eran espigas de peces ó conchas de tortuga, envenenadas con el jugo de cierta yerba. De esta guisa armados invadían las vecinas islas, llevándose consigo á las mujeres jóvenes para reducir las á la condición de sus esclavas ó compañeras, y aprisionando á los hombres para que sirviesen de pasto á sus feroces instintos.

Despues de oír tan formidable descripción de los naturales de esta isla, sobrecogió á Colon grande inquietud por la noche al ver que Diego Marquiz, capitán de una de las carabelas, no volvía con ocho hombres que le acompañaban. Había desembarcado sin licencia por la mañana temprano y extraviándose por los bosques, sin que se supiese mas de él. Al siguiente día tampoco tornaron él ni sus compañeros, con lo que creció el cuidado de Colon, que recelaba hubiesen sido asaltados por tropas ó falanges de indios, porque algunos de ellos eran tan expertos náuticos que se suponía que habiéndose perdido, fácilmente sabrían volver guiados por las estrellas. Se enviaron en su busca partidas, cada una con un trompetero que tocase llamadas y señales. Se dispararon cañonazos en los buques y arcabuces en las playas, pero sin efecto alguno; y por la noche volvieron las partidas cansadas de su infructuoso servicio. Habían visitado varias chozas en que hallaron las que consideraban pruebas del canibalismo de los naturales, pero calculadas por cierto para mitigar sus aprensiones respecto á la suerte de sus compañeros. Miembros humanos colgados en las casas y como curándose para convertirlos en alimentos, y la cabeza de un jóven recién muerto y todavía desangrándose, con otras partes de su cuerpo hirviendo, mezclada con carne de gansos y loros, y asándose al fuego.

Habíanse aproximado aquel día muchos indígenas á los bajeles desde la costa; pero cuando se aproximaban los botes huían á los bosques ó á las montañas. Algunas mujeres se presentaron á los españoles pidiéndoles amparo, diciendo que eran cautivas de otras islas. Colon mandó que se decorasen con cascabeles, sartas de cuentas y abalorios, y las envió á la playa, esperando por su medio atraer á visitarlo algunos de los isleños. Tornaron inmediatamente á bordo, de-

mandando un seguro asilo y desprovistas de su equipo robado por los feroces indios. Supo por ellas el Almirante que los mas de los hombres de la isla estaban ausentes, habiendo salido poco antes el rey con diez canoas y trescientos guerreros á cruzar en busca de cautivos y botín. Cuando iban los hombres á estas expediciones, se quedaban las mujeres á defender de invasion sus costas. Eran expertas flecheras, participaban del espíritu marcial de sus maridos, y casi les igualaban en fuerza é intrepidez.

Ademas de las fugitivas que se habian refugiado á bordo, vinieron tambien algunos muchachos igualmente cautivos, y que aun gozaban vida por un extraordinario refinamiento de la crueldad. Supieron los españoles que acostumbraban los caribes criar los muchachos prisioneros hasta que fuesen hombres, y engordarlos entonces para sus fiestas, privándolos de virilidad para que fuese su carne mas tierna y sabrosa. Es tan repugnante á la naturaleza humana la idea del canibalismo, que de buen grado achacaríamos estas relaciones á errores y cuentos de los viajeros; pero los afirman positivamente escritores demasiado veraces, y son ellos en sí demasiado curiosos para pasarlos en silencio.

Colon estaba perplejo sobre el sistema que adoptaría. Ansiaba por un lado llegar á Española y asegurarse del destino de la guarnicion que allí habia dejado, y le impacientaban todas las dilaciones: por el otro, abandonar aquellas riberas sin ir acompañado de los hombres que se habian internado en la isla, era dejarlos abandonados á su misera suerte y al capricho de los canibales. Dejar un bajel tripulado que esperase su vuelta, era exponerse á perderlo por mil accidentes que podian sucederle en aquellas salvajes costas y desconocidas mares. En esto Alonso de Ojeda, aquel jóven y atrevido caballero, de quien se ha contado una anecdota relativa á la torre de la catedral de Sevilla, se ofreció voluntariamente á penetrar con cuarenta hombres hasta el interior de la isla y explorar todas sus florestas en busca de la gente extraviada. Se aceptó este ofrecimiento, mandó el Almirante que mientras estuviese ausente se proveyesen los buques de leña y agua, y dió permiso para que saliesen parte de las tripulaciones á lavar su ropa y recrearse en la playa.

Alonso de Ojeda entró con los que le siguieron en todas las florestas vecinas, y marchó hácia el interior, descargando arcabuces, sonando trompetas por los huecos valles, y desde las cimas de montañas y precipicios; pero todo en vano; solo el eco respondia á aquellos atronadores sonidos. Lo espeso de las selvas y bosques, que florecian con todo el vigor y lujo de la vegetacion de los trópicos, hacian la marcha difícil y fatigosa. Ojeda lo veia todo con el prisma novelesco de un jóven aventurero, y trajo las noticias mas exageradas acerca de los productos naturales del país. En el olor aromático de los árboles y arbustos de las florestas imaginaba percibir la fragancia de ciertas gomas y especias preciosas. Vió muchos pájaros de los trópicos de desconocida especie, y tambien halcones, garzas, milanos, palomas silvestres, tórtolas y cuervos. Creyó asimismo ver perdices, que solo habia realmente en la isla de Cuba, y oír el canto del ruiseñor, desconocido en el Nuevo-Mundo. La isla, empero, abundaba en frutos, porque segun Pedro Mártir, siendo los caníbales gente salvaje y aventurera, y recorriendo todos los países vecinos en sus escursiones, traian de ellos las semillas y raices de todas las plantas provechosas. Tambien dice que se hallaba miel en los árboles huecos y en las aberturas de las rocas. Tan abundante era en aguas esta isla que Ojeda cuenta haber vadeado veinte y seis rios en el espacio de seis leguas, si bien algunos serian vueltas de la misma corriente.

Colon dió al fin por perdidos á sus nueve hombres.

Habian pasado ya muchos dias desde su desaparicion, en los cuales, si viviesen, parecia imposible que ni hubiesen sido hallados, ni sabido volver á los buques. Iba pues á darse á la vela, cuando con universal alegría de la flota se vió en la costa una señal hecha por ellos. Cuando entraron á bordo, sus macilentos y descarnados rostros daban á conocer las horrosas contrariedades que les habian asaltado. Habiéndose separado por acaso de la línea recta cuando entraron por los bosques, penetraron sin saberlo mas y mas en la isla, hasta verse del todo extraviados. Por muchos dias anduvieron perplejos por descaminadas florestas, tan densas que casi excluian la luz del dia. Subieron montañas y rocas, vadearon rios y lucharon por en medio de zarzales y espesuras. Algunos, que eran expertos marineros, treparon por los árboles con la esperanza de ver las estrellas para tomar por ellas rumbo; pero la frondosidad de las ramas y follaje les cerraba totalmente la vista del cielo. Los mas horribles temores se habian apoderado de su ánimo, y recelaban que creyéndolos ya muertos, el Almirante se haria á la vela, dejándolos en aquel desierto, separados para siempre de sus casas y de las moradas de los hombres civilizados. Al fin, ya casi reducidos á la desesperacion, llegaron por casualidad á la orilla del mar, y siguiendo su márgen, vieron con inexplicable gozo que estaba la flota anclada todavía. Trajeron con ellos varias mujeres y muchachos indios; pero no habian visto en su peregrinacion ningun hombre, pues la mayor parte de los guerreros estaba, como se ha dicho, ausente en una expedicion.

A pesar de los trabajos que habian sufrido y del gozo que le causó á Colon su vuelta, creyó importante, en servicio tan delicado, castigar toda falta de disciplina. Puso, pues, arrestado al capitán, y quitó parte de la racion á los marineros, por haber abandonado sus sitios sin contar con su consentimiento.

### CAPITULO III.

#### CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS CARIBES.

(1493.)

LEVANDO ancla el 10 de noviembre, navegó Colon por la costa de Guadalupe hácia el Nor-Oeste, en cuya direccion, segun sus propios cálculos y los informes de los indios, toparia con la isla Española. Las mujeres recientemente venidas á bordo le habian hablado de otras islas al Sur, y asegurándole que por el mismo punto se extendia tambien el continente, noticias que halló despues verdaderas; pero tal era entonces su deseo de llegar al puerto de la Navidad, que no quiso ensauchar sus descubrimientos. Siguiendo por aquel hermoso archipiélago, dió nombre á las islas en el órden en que se le aparecian. Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martín: otras varias islas se extendian hácia el Nor-Oeste y Sud-Este, todas muy elevadas; levantándose altas montañas, y vistiéndolas hermosos prados, sin que por ninguno de estos alicientes se decidiese Colon á visitarlas. Estando el tiempo bastante tempestuoso, anclaron el 14 de noviembre en una isla llamada Ayay por los indios, á la que le dió Colon el nombre de Santa Cruz. Fue un bote á tierra con veinte y cinco hombres para procurar agua y noticias, acerca del rumbo que llevaban. Hallaron un lugar de que los hombres habian huido; pero pudieron asegurar algunas mujeres y muchachos, los mas de ellos cautivos traídos allí de otras islas, porque tambien era aquella morada de caribes. Bien pronto pudieron experimentar el feroz valor é increíble crueldad de esta horrible raza. Mientras estaba el bote en tierra, vino una canoa costeando de cierta parte distante de la isla, con dos mujeres y algunos indios; y al volver un cabo, se vieron de pronto enfrente de la flota europea.

Asombrados al aspecto de lo que debieran haber creído una terrorífica y sobrenatural aparicion, se quedaron por algun tiempo mirando en silenciosa sorpresa. Tan absortos estaban en su contemplacion, que el bote que venia de la orilla tuvo tiempo de aproximarse á ellos sin ser visto. Tomaron al notarlos sus canaletes ó remos, y quisieron escaparse, pero aun que la ligera canoa volaba por la superficie de las ondas, el bogar seguido de los remos le fue sacando ventaja, y le cortó la retirada, poniéndose entre ella y la tierra. Viendo que era en vano apelar á la fuga, tomaron sus arcos y flechas, y se volvieron fieramente contra sus perseguidores. Las mujeres peleaban lo mismo que los hombres. A una de ellas la trataban con deferencia y veneracion, como si fuese su reina. Iba esta en compañía de su hijo, jóven (dice Pedro Mártir) de horrible talante, de sombrío entrecejo, buenas carnes, tierna catadura y aspecto de leon. Armaban los arcos con admirable fuerza y agilidad. Aunque los españoles se cubrian con sus rodela, quedaron dos heridos sin tardanza, y la flecha de una de las heroínas atravesó un escudo de parte á parte.

Para evitar esta lluvia de saetas; que hacia mas formidable el temor de que estuviesen envenenadas, lanzaron los españoles violentamente su bote sobre la canoa, hundiéndola con el choque. Los fieros salvajes; empero, continuaron peleando en el agua; y manteniéndose á veces en las sumergidas rocas, descargaban sus flechas tan diestramente como si estuviesen en tierra firme. Los mayores esfuerzos fue necesario poner en práctica para vencer y arrollar á tan terribles enemigos. A uno de ellos le hallaron traspasado de un bote de lanza, y murió poco despues de salir á bordo, y el hijo de la reina estaba herido. Cuando entraron en los buques, no pudieron los españoles menos de admirar su indomable espíritu y fiero aspecto. Tenian el cabello largo y grueso, y los ojos rodeados de colores que les daban la expresion mas siniestra; ceñíanse firmemente con bandas de algodón los brazos y piernas, dejando descubiertas las partes musculares, para que se hinchasen y adquiriesen desmesurado bulto, lo cual consideraban ellos como grande belleza; costumbre que reinaba entre algunas tribus del Nuevo-Mundo. Aunque cautivos y ahorrados, en poder de sus enemigos permanecian en su impavidez y amenazador talante. Pedro Mártir, que fué con frecuencia á verlos cuando estaban en España, dice por experiencia propia y de los que le acompañaban que era imposible mirarlos sin cierta repugnancia que rayaba en horror: ¡de tan terrible y amenazador rostro los habia dotado naturaleza! Esta sensacion la causaria sin duda, ó contribuiría á producirla, la idea de que eran caníbales. En la contienda referida, segun el mismo escritor, asestaron los indios flechas emponzoñadas, y uno de los españoles herido por mano de aquellas hembras batalladoras murió de la herida al poco tiempo.

Continuando su viaje descubrió Colon apiñadas muchas islas de varias formas y apariencias. Algunas verdes y cubiertas de florestas, pero la mayor parte desnudas y estériles, y coronadas de escabrosas montañas, con muchas rocas de un azul brillante, y otras de resplandeciente blancura: estas supuso Colon, con su acostumbrado deseo de teñir todos los objetos con los rayos de su ardiente fantasia, que contendrian minas de ricos metales y piedras preciosas. Como las islas estaban muy cerca unas de otras, y se quebraba la mar violentamente en los estrechos canales que las dividian, era peligroso entrar en ellas con bajeles grandes. Manteniéndose pues mar adentro, envió Colon una carabela pequeña con vela latina á reconocerlas, la que volvió con noticia de que habia al parecer mas de cincuenta islas, pero todas desiertas. A la mayor del grupo le puso Colon

Santa Ursula, y á todas las otras las once mil vírgenes.

Retardando el reconocimiento de ellas para lo sucesivo, continuó su rumbo hasta arribar una tarde á una grande isla revestida de hermosas florestas, y circundada de seguros puertos. Le llamaban los naturales Boricon; pero él le dió el nombre de San Juan Bautista, y es la misma que tiene hoy el de Puerto-Rico. Era este el suelo natal de casi todos los cautivos que se habian refugiado en los buques, huyendo de los caribes. Segun su descripcion era fértil y populosa, y la regia un solo cacique. Sus habitantes carecian de espíritu emprendedor, y tenian pocas canoas. Estaban continuamente en lucha con los caribes, sus implacables enemigos. Se habian hecho guerreros, por lo tanto, para defenderse, y usaban clavos y flechas; y en sus encuentros con las huestes caribes cometian con sus enemigos las mismas atrocidades que estos les habian enseñado, devorando los prisioneros en venganza.

Despues de seguir por todo un día la hermosa costa de esta isla anclaron al extremo occidental en una bahía abundante en pesca. Al desembarcar encontraron un lugar indio construido, como de ordinario, alrededor de la plaza, parecida á un mercado, y con una casa muy grande y bien concluida. Un espacioso camino conducia de ella á la mar, con enrejados de caña en ambos lados, y jardines frutales dentro de ellos. Al extremo de aquella senda habia una especie de azotea ó atalaya, que dominaba muchas leguas del mar. El conjunto tenia un aire de cultura é ingenio superior al que se veia en la residencia comun de los indios, y se asemejaba á la mansion de algun caudillo importante. Todo, empero, estaba desierto y silencioso. Ni un ser humano pudieron descubrir durante su estancia en aquel asilo. Habian huido los naturales, y ocultábase al ver la escuadra. Despues de dos dias se hicieron de nuevo á la vela para la isla Española. Así acabó el crucero por entre los caribes, la descripcion de cuyas fieras y salvajes gentes recibieron con vehemente curiosidad los doctos europeos, que la consideraban como resolucion de un oscuro problema desventajoso á la humana naturaleza. Pedro Mártir, en su carta á Pomponio Laetus, anuncia el hecho con pavorosa solemnidad. «¡Los cuentos de los Lestrígones y Polifemos que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos! ¡Leed, pero tened cuenta no se os ericen los cabellos de horror!»

Es de todo punto probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente hayan derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles. Eran los caribes el horror de los indios, y la pesadilla de los españoles. Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros, y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles. Era usanza general, entre los naturales de muchas de las islas y de otras partes del Nuevo-Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos. A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada mas que los huesos. Estos, cuando se encontraron en las viviendas de moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos, conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo.

El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo-